

JOSEFINOS Y, SIN EMBARGO, PATRIOTAS

Los afrancesados

Herederos del reformismo ilustrado, quisieron ver en José Bonaparte la figura que España necesitaba para acabar con el absolutismo y frenar el caos social. Acusados de traición y deslealtad, la historiografía moderna reconoce su afán por regenerar el país. **Por Lluís Roura i Aulinas**

En su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) se refería a los afrancesados como una "legión de traidores" cuyo comportamiento respondía a la lógica de quienes "no eran cristianos ni españoles, ni tenían nada en común con la antigua España sino el haber nacido en su suelo (...) y su ideal era un déspota ilustrado, un César impío que regenerase a los pueblos por la fuerza y atase cor-

to al papa y a los frailes". Pero el estigma del afrancesamiento no es fruto del pensamiento reaccionario decimonónico tardío, sino que arranca de la excepcionalidad y complejidad de un momento histórico, que se caracterizó por los marcados protagonismos contrapuestos entre liberales, serviles y afrancesados.

1807-1808: la crisis inaudita de la monarquía española

Ya en 1814, el ultramontano fray Manuel Martínez Valdés proclamaba: "Traidores, sí, traidores os llamaba a boca llena la España toda; traidores os apellidaban en los momentos de reflexión y de calma los

mismos conquistadores a quienes servíais; traidores os llama hoy el francés, el alemán, el inglés, el ruso, el polaco y, mal que os pese, vuestro nombre transmigrará a la posteridad más remota ennegrecido con el feo dictado de traidores".

A partir del segundo mandato de Godoy, iniciado en 1801, la rivalidad por el poder en el irregular reinado de Carlos IV no fue sólo una lucha interna entre dos. Por un lado estaban los partidarios del Príncipe de la Paz —enaltecido por los monarcas a Generalísimo— y, en el otro, los anti-reformistas y los sectores descontentos de



Leandro Fernández de Moratín
Poeta y dramaturgo

En nombre de la razón
Los afrancesados formaban un grupo heterogéneo. Entre ellos había científicos, intelectuales, artistas y hombres de negocios. Les unía su rechazo al patriotismo acritico y el convencimiento de que España aún tenía remedio si lograba salir del "beaterío" y del atraso social.

Juan Meléndez Valdés
Poeta y político

Gaspar Melchor de Jovellanos
Escritor y político

la oficialidad del ejército, del clero, de los cortesanos y de la aristocracia en general, que se aglutinaban y conspiraban en torno a Fernando. A esta lucha hay que añadir el progresivo descontento social que acompañaba a la fuerte crisis económica y sobre todo, a partir de 1806, a las estrategias de Napoleón. El francés procuraba hacerse querer tanto por godoyistas como por fernandinos, con los ojos puestos en la incorporación al Imperio de la península Ibérica y sus riquezas coloniales.

Fue en este contexto en el que tuvo lugar la crisis política conocida como el Complot de El Escorial –octubre de 1807–, por el que los partidarios de Fernando no sólo pretendían atentar contra Godoy, sino también situar al príncipe en el trono, tras forzar la abdicación de Carlos IV. Tan sólo tres días más tarde, Napoleón conseguía que se firmara en Fontainebleau un tratado por el que se bendecía la entrada de las tropas francesas –que de hecho ya se había iniciado unos diez días antes– con el pretexto de conquistar Portugal. Todo esto sucedía mientras Fernando estaba cortejando secretamente la idea de conseguir que el Emperador se dignara a ofrecerle como esposa a alguien de su familia.

Cinco meses después iba a materializarse en los motines de Aranjuez la mayor muestra de la crisis política existente en España,

fruto de la rivalidad que mostraban tanto Godoy y Carlos IV como Fernando, para conseguir el favor de Napoleón. Carlos y Godoy avalaban la presencia de las tropas imperiales en España reclamando a cambio su apoyo frente a los conspiradores, y los fernandinos veían al Emperador como el garante necesario para el reconocimiento de Fernando en el momento en que éste se proclamara rey. Es obvio, pues, que a Napoleón no le resultara difícil sacar políticamente el mayor provecho de esta situación. Ello le permitió hacer realidad su idea de situar a uno de sus hermanos en el trono español.

De rey de Nápoles a monarca español

Napoleón consiguió, en efecto, que toda la familia real abandonara España para presentarse en Bayona, que se le reconociera como mediador y que, finalmente, tanto Carlos como Fernando abdicaran oficialmente en su favor. El Emperador pudo así designar a su hermano mayor, José –hasta entonces rey de Nápoles– como nuevo monarca español.

Ante una monarquía que había abandonado el país para abdicar a los pies de Bonaparte, un poder político y cortesano corrompido, la presencia amenazante de

tropas francesas en el territorio español y un pueblo descontento por el peso de la crisis económica y la fiscalidad, la sociedad española quedaba sumergida en la confusión y la inquietud. En este contexto difícilmente podía considerarse que el nuevo monarca impuesto por Napoleón pudiera tranquilizar a la sociedad o resolver los problemas.

Pero para muchos no dejaba de ser la única tabla a la que agarrarse, ante los riesgos de agitación social o las arbitrariedades e inmovilismos de un poder acéfalo. Sin embargo, la coincidencia de la proclamación del nuevo rey con el levantamiento popular antifrancés que se produjo en el mes de mayo iba a polarizar las actitudes de la sociedad española de forma compleja entre los partidarios de apoyar a José I –los josefinos– y los que, autocalificándose de patriotas, les denostaron como traidores y les calificaron despectivamente como afrancesados.

La palabra “afrancesado” tenía, en 1808, un significado muy amplio, aunque siempre teñido del tono despreciativo propio del antigalicismo. Calificaba genéricamente a quienes admiraban o reproducían las costumbres, la lengua y la cultura francesas, o de forma más específica a aquellos que admiraban la Ilustración y el enciclopedismo, e incluso a los simpatizantes de la Revolución y a los partidarios del emergente Imperio napoleónico.



COVER

PRISMA

COVER

Francisco J. de Goya y Lucientes
Pintor de la Corte

Francisco Cabarrús
Financiero

Alberto Rodríguez de Lista y Aragón
Matemático y periodista

Los afrancesados se convirtieron en un blanco fácil para liberales y absolutistas,

Sin embargo, a partir de la Guerra de la Independencia el término afrancesado dejó de ser un simple adjetivo para pasar a utilizarse de forma sustantiva. Aunque el nombre mantuvo una cierta polisemia, que obliga a diferenciar su significado cultural de su definición política, afrancesado se convirtió en una palabra que designaba a un sector de la población y, muy particularmente, a los partidarios del rey José I.

Esta denominación para referirse a los josefinos apareció en el mismo contexto en el que se empezaba a hablar de liberales, para referirse a los partidarios de unas nuevas Cortes y de una nueva Constitución, y de serviles, que identificaba a los partidarios del inmovilismo político. De modo que, frente a la natural batalla que enfrentaba a liberales y serviles, los afrancesados se convirtieron en un blanco fácil para ambos, que pretendiendo rivalizar en patriotismo no dudaron en estigmatizarlos como traidores, colaboracionistas, renegados, desnaturalizados... Pero, una cosa era la línea divisoria entre patriotas y anti-patriotas, que trazaban interesadamente los propios implicados, y otra era la realidad. En efecto, los estudios recientes –y no sólo las proclamaciones de los interesados– han evidenciado que en los círculos josefinos

sobresalió un indiscutible patriotismo hispano; un patriotismo que tuvo puestas sus esperanzas en la regeneración de España, bajo un monarca que desde el primer momento se mostró digno de su responsabilidad. El patriotismo español de José I era algo más que palabrería y a él se debieron, en buena medida, las tensiones entre sus iniciativas políticas y la voluntad de Napoleón. El propio José Bonaparte dejó testimonio de su lealtad cuando, a finales de 1811, confesó a su esposa el deseo de retirarse de los asuntos políticos, “si España ha de ser desmembrada y si el estado actual debe durar”.

Los motivos de los españoles para hacerse josefinos fueron muy variados

El josefinismo o afrancesamiento político no fue un fenómeno único, homogéneo, ni estable. El propio Fernando VII se vio obligado a distinguir diversas categorías de afrancesados cuando dictó su decreto contra ellos, una vez restablecida la mo-



En sintonía con una España más moderna

Muchos de los afrancesados comulgaban con las ideas liberales y hubo algunos que secundaron la Constitución de Cádiz. A la izquierda, medalla que hace referencia al texto.

narquía absoluta en 1814. De modo que, de menor a mayor gravedad del delito, situó en primer lugar a aquellos que no habían ocupado ningún cargo bajo el reinado de José I. A continuación, señaló a los que tan sólo habían mantenido los cargos u ocupaciones que ya tenían con anterioridad. Luego, se refirió a los que habían aceptado cargos, ascensos o dignidades ofrecidos por el gobierno intruso. Y, en último lugar, situó a aquellos que ya fuera por sumisión o por afecto a José I, habían contribuido a la persecución contra otros españoles.

Según esta clasificación represora, resultaba obvio que junto a un josefinismo político activo, numéricamente reducido, que implicaba esencialmente a sectores des-

Las reformas del indeseado

José I fue proclamado rey de España el 4 de junio de 1808 por petición forzada de la Junta de Gobierno y del Consejo de Castilla, aunque, en principio, estaba previsto que las Cortes de Bayona promulgaran el nombramiento. Su reinado empezó oficialmente el 8 de julio, tras jurar la Constitución de Bayona. Sin embargo, para poder reinar, José Bonaparte debía tomar posesión de su trono y convencer a sus súbditos. A pesar de formar un equipo de consejeros y

de gobierno con nombres de gran prestigio –Urquijo, Azanza, O’Farril, Mazarredo, Cabarrús...–, con una clara voluntad de eficacia, de reformismo y de patriotismo hispano, muy pronto constataría que apenas tenía partidarios en España. La voluntad de control directo por parte de su hermano era difícil de torcer y la hostilidad popu-

lar, fruto de los enfrentamientos con las tropas francesas y de las campañas de difamación, era general. Pero el denominado “primer reinado” de José Bonaparte acabaría con el peso de las consecuencias de la derrota de Bailén. De modo que la efímera presencia de José I en Madrid –del 20 de junio al 1 de julio de 1808– requirió la presencia en España del propio Napoleón. Con el retorno de José a Madrid, el 22 de enero de 1809, empezaría la etapa efectiva de su reinado, hasta finales de julio de 1812. A lo largo de estos tres años y medio, José I procuró establecer una nueva administración, negociar

con los insurrectos y llevar a cabo unas reformas que debían suponer el fin del Antiguo Régimen: supresión de Consejos, desaparición de los títulos de grandeza de España, abolición de órdenes monacales y mendicantes, obtención de reconocimiento internacional, planificación de significativas medidas desamortizadoras... Sin embargo, no pudo solucionar los graves problemas de la Hacienda, frenar la ambiciosa intromisión de su hermano, ni aplacar los ánimos de los patriotas. Tras haber intentado abdicar, después de la derrota de los Arapiles, en 1813 José abandonaría el país.

Entre los proyectos de José I figuraba la supresión de órdenes monacales (en la foto, el monasterio de El Escorial).



que, pretendiendo rivalizar en patriotismo, no dudaron en tildarles de traidores

Bajo el mismo emblema
 Ilustrados –abajo, la Enciclopedia–, afrancesados y francmasones –aprendiz estrenándose en una logia (dcha.)– compartían la máxima, “libertad, igualdad y fraternidad”. José I apoyó la formación de dichas sociedades en España.



tacados de las élites del poder y de las instituciones monárquicas y eclesiásticas, hubo otro muy variado.

En buena medida englobó a la propia diversidad del funcionariado, así como a sectores económicos, sociales y culturales distintos. Y, en fin, la mayor parte de los afrancesados políticos lo fueron por la pasividad o acomodación propias de las circunstancias que les tocó vivir. Los motivos por los que muchos españoles fueron partidarios del gobierno josefino llegaron a ser, en efecto, de variada índole.

En el otro extremo del mero colaboracionismo por acomodación u oportunismo hay que contar a la gente de orden, que se regía por el criterio del legalismo o por el interés en mantener en funcionamiento las instituciones. Y, también, a los que temían la revolución y la anarquía en que podía desembocar el “desenfreno del populacho”. Asimismo a aquellos que, simpatizando con el legado del reformismo y la Ilustración, vieron en el nuevo rey –o en el propio Napoleón– la garantía de una salida no revolucionaria a la crítica situación en la que el reinado de Carlos IV había dejado a España. Hubo, incluso, quien confiaba en la tercera vía que podía representar José I frente al temor de una confrontación civil entre españoles. Tal miedo derivaba tanto del

legado de las tensiones políticas generadas por el gobierno de Godoy, como de las confrontaciones que existían entre liberales y serviles. Pero también provenía de una agitación popular que cada vez era más difícil de contener.

Liberales y afrancesados, más similitudes que diferencias

Sin duda, el oportunismo tuvo su peso en el vaivén de adeptos, como lo muestra la notable reducción de hombres públicos que se manifestaban partidarios de José I tras la derrota de los ejércitos franceses en Bailén, el 19 de julio de 1808, o su aumento después de la conquista de Andalucía por parte de José I en 1810. O la nueva reducción que pudo percibirse, a partir de 1812, al registrarse el principio de retirada de los ejércitos napoleónicos.

La propia complejidad del fenómeno afrancesado hace difícil cualquier intento de precisar su número. Si tomamos en cuenta los estudios sobre los exiliados españoles en Francia, puede estimarse que los refugiados josefinos alcanzarían a ser unos 12.000, sin contar a los hijos y mujeres de muchos de ellos, que les siguie-

ron al exilio. Por otra parte, el estudio de Juan López Tabar ha documentado personalmente a 4.200 afrancesados. Aunque, según el mismo autor, quienes llegaron a prestar obediencia al rey José I bien podrían haber sido cerca de dos millones de individuos.

La mayor parte de los afrancesados exiliados en 1814 –en torno al 71%– eran empleados civiles, hombres dedicados a la política y funcionarios. Los militares representaban cerca de un 25% y casi un 3% eran eclesiásticos. Evidentemente, la documentación oficial no proporciona información detallada que permita saber la importancia de los sectores sociales de estratos inferiores. Sin embargo, sabemos que había también un número significativo de afrancesados pertenecientes a los sectores populares: artesanos, menestrales, empleados y agricultores.

Entre los personajes más destacados y conocidos que optaron por apoyar el gobierno josefino se hallaban algunos altos cargos y antiguos ministros de la monarquía borbónica, como fue el caso de Gonzalo O'Farril, Miguel José de Azanza, Mariano Luis de Urquijo o Francisco Cabarrús.

Había también nombres destacados del ámbito de las letras y de la cultura, como Leandro Fernández de Moratín o Juan Meléndez Valdés. Así como reconocidos personajes eclesiásticos, entre los que se encontraban Juan Antonio Llorente, el arzo-



COVER

Hijos de las luces
 Antes de la Guerra, se consideraba afrancesado a quien simpatizaba con la Ilustración francesa y sus ideólogos, Voltaire (izda.) y Diderot (dcha.).



COVER

bispo de Zaragoza Ramón José de Arce o el antiguo confesor de Carlos IV, Don Félix.

Resulta particularmente significativo, para la comprensión del clima político y social en el que se hallaban inmersos los afrancesados, el enfrentamiento y crispación que se registró entre éstos y los liberales. A pesar de que ambos poseían mayores puntos coincidentes que discrepantes en lo que se refiere a sus respectivas convicciones ideológicas y políticas. Unos y otros eran en cierta medida herederos del racionalismo y el reformismo ilustrados; y tanto los liberales como la mayor parte de los afrancesados se mostraban claramente partidarios de establecer unas nuevas Cortes y una nueva Constitución.

Es más, antes del inicio de la guerra, los futuros liberales y afrancesados participaron en numerosas empresas e ideas comunes, como la edición de obras y prensa, el interés e iniciativas relativas a la educación, la indiscutible voluntad reformista y regeneracionista, la actitud crítica frente al ultramontanismo religioso... De modo que la división que se generó entre ellos por las circunstancias políticas y bélicas pudo disimular, pero no destruir, lo que en el fondo venía siendo aquella misma comunidad de pensamiento.

El regreso de Fernando VII dio al traste con todo intento reformista

¿Cuál fue, pues, la razón del duro enfrentamiento entre liberales y afrancesados? Lo cierto es que varió a lo largo del tiempo. Inicialmente, hay que destacar el peso de la guerra contra la invasión francesa y especialmente la capacidad de monopolización del patriotismo que consiguieron los sectores más inmovilistas de la sociedad. Para los serviles, en efecto, resultaba fácil y cómoda la identificación y descalificación de cualquier intento reformista con los invasores franceses: encarnación del caos, de la impiedad y la herejía, y origen de todos los males de la guerra.

Un arma eficaz para su desaprobación fue precisamente la de considerar tanto a los liberales como a los josefinos como una misma cosa y calificarlos de afrancesados, es decir, de traidores. De modo que a los liberales no les quedaba más baza que el intento de mostrarse más patrióticos y, por tanto, más antifranceses

Al destierro o al paro

El castillo francés de Valençay (dcha.) fue escenario de la paz, una vez que el ejército de Wellington obtuvo la derrota francesa –al lado, en la Batalla de Arapiles–. En contra de lo prometido por Fernando VII en el Tratado de Valençay, los partidarios de José I fueron expulsados y se prohibió ejercer cargos públicos a los que se quedaron.

La Constitución de Bayona

De cara a justificar el cambio dinástico, Napoleón convocó –por sugerencia de Murat– una asamblea española. Reunida en Bayona, dicha congregación, denominada Junta Española de Bayona, celebró todas sus sesiones entre el 15 de junio y el 7 de julio, fecha en la que se promulgó una Constitución y se acogió el juramento de José I. Ésta, sin embargo, no llegó a regir, puesto que en ella se preveía un proceso de aplicación que debía culminar en 1813.

Para la reunión de estas “Cortes” de Bayona, se convocó a 150 diputados, de los cuales tan sólo llegaron a reunirse poco más de la mitad. No era fácil para los “elegidos” decidirse a participar en una asamblea convocada para ratificar el cambio dinástico y aprobar una Constitución, que debía sustituir las leyes vigentes de la monarquía española y que implicaba una clara adhesión política a un nuevo régimen, a la vez que reflejaba una clara sumisión al Emperador.

Pero, pese a todo, no hay que menospreciar el significado político de la que, a fin de cuentas, puede considerarse la primera Constitución de la España moderna. Tal como señaló en su momento el historiador Joan Mercader, con la Constitución de Bayona se trataba de “introducir en España los principios liberales, tímidamente, sin grandes audacias, a fin de tamizar las conquistas sociales derivadas de la Revolución Francesa [...] preconizando una monarquía autoritaria

y antiafrancesados que nadie, si querían diluir los anatemas del patriotismo servil. Los josefinos fueron en este sentido una víctima propiciatoria que permitía a los liberales esquivar la descalificación de antipatriotas por parte de la reacción.

Aunque entre los liberales de Cádiz hubo claramente moderados, en general, sus planteamientos y decisiones resultaron de una dimensión indudablemente revolucionaria. Se establecía así un nuevo elemento de diferenciación con los afrancesados que, mayoritariamente, se mostraron siempre mucho más moderados.

No obstante, finalmente la reacción conseguiría abortar tanto los planteamientos reformistas de los josefinos como los revolucionarios de los liberales al término de

la guerra y la restauración absolutista de 1814. Y, tras el golpe de Estado que restableció a Fernando VII como monarca absoluto en 1814, éste olvidó su compromiso de respetar los bienes y los cargos de los





La Asamblea de Bayona, según un grabado de Achille Pinelli.

de una Constitución concedida –o impuesta– por Napoleón. A pesar de que la Constitución de Bayona suprimía ciertos privilegios, abolía la tortura, limitaba la acumulación de mayorazgos, reformaba la Hacienda y aludía a ciertos derechos individuales, tenía un marcado carácter moderado y claros tonos conservadores; dejaba intacta la Inquisición y declaraba la religión católica como la única de España, prohibiendo todas las demás... Sin duda, estos últimos rasgos evidencian que

con tal de intentar legitimar su poder, Napoleón estuvo también dispuesto a hacer ciertas concesiones; como mínimo por lo que se refiere al carácter voluntariamente ilustrado en que pretendía inspirarse el texto legislativo. Por lo demás, la Constitución reglamentaba la sucesión dinástica, la estructura del poder –los ministerios, el Consejo de Estado, el Senado y las Cortes estamentales y meramente deliberativas– y proclamaba la igualdad de derechos entre la metrópoli y los territorios de ultramar.

en la que bajo la envoltura de cierta moderación y garantías, seguía siendo el soberano el centro y resorte de todo el siste-

ma". Aunque es evidente, también, que Napoleón no pensó en ningún momento que este poder pudiera residir, en última instan-

cia, en otras manos que las suyas. Se trataba, pues de una ruptura formal de la concepción del Estado, que se planteaba a través

afrancesados y dictó un categórico decreto de expatriación y proscripción indefinida contra todos los que habían dado apoyo a José I. La represión que cayó sobre liberales y afrancesados parecía devolver a ambos a la comunidad de experiencias que habían podido compartir antes de la guerra.

La opinión pública los trató al final como traidores y criminales

Como los liberales, algunos afrancesados se exiliaron en Inglaterra, pero la mayoría se refugiaron en Francia. Allí, tras la caída del Imperio napoleónico, fueron objeto de constante control y marginación bajo el reinado de Luis XVIII. Acabaron siendo tratados como traidores y criminales por la opinión pública, y considerados por los

Según las nuevas corrientes historiográficas, los "josefinos" contribuyeron a hacer posible la instauración del régimen liberal a partir de 1834

absolutistas –tanto españoles como franceses– más peligrosos que los liberales. Éstos, también en el exilio, marcaron a su vez claramente las distancias respecto de los josefinos, en general. De modo que los afrancesados no iban a tener ninguna posibilidad de regresar a España hasta producirse la revolución liberal de 1820.

La alegría con la que los afrancesados celebraron el establecimiento del nuevo régimen liberal de 1820 subrayó una vez

más su ideal reformista, sus convicciones ideológicas y su sentido patriótico. Pero a lo largo del Trienio Liberal adoptarían una actitud propia del marcado carácter moderado de sus planteamientos. Este aspecto culminaría en la denuncia de las Sociedades Patrióticas como focos de radicalización y, en 1822-1823, en el rechazo frontal de los planteamientos formulados por los liberales.

A partir de 1823, con el nuevo exilio de los liberales, la mayor parte de los afrancesados adoptaron una actitud de aproximación al recién nacido régimen y procuraron potenciar iniciativas de transformación del mismo. De modo que, como ha señalado la historiografía más reciente, los antiguos josefinos contribuyeron claramente a hacer posible la instauración del régimen liberal a partir de 1834.

Sin embargo, el estigma vergonzante que desde 1808 pesaba sobre ellos permanecería vivo. A él se sumaría no sólo el marcado carácter de enfrentamiento civil con que se tiñó buena parte de la historia española de los siglos XIX y XX, sino también el aspecto sesgado que mantuvo la historiografía. De esta manera, el término afrancesado ha permanecido hasta la actualidad como una categoría histórica impregnada del equívoco, del tópico y de la simplificación.



CORBIS



Lluís Roura

Experto en la crisis del Antiguo Régimen y en las guerras napoleónicas, es catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Barcelona.